

11-5-2018

CONCURSO DE RELATOS

PRIMER PREMIO

En presente continuo

Enrique Gómez Torreiro

Pínfanos

En presente continuo

Dan ganas de gritar: ¡¡SIN EMPUJAR...!!

Porque ya estoy a las mismísimas puertas del cambio de dígito... Lo que en mis albores parecía una eternidad llegó en un suspiro, mirándolo retrospectivamente. Y es que quién me empuja es el más tirano, chulo y desvergonzado que conozco. Pasa delante de nosotros a velocidad de vértigo, pero no hay autoridad local ni universal capaz de multarle por exceso de velocidad o pararle los pies.

Si hay un punto de inflexión «oficial» para que te cambie la vida, para asomarte a su precipicio sin vértigo suponiendo no lo hayas hecho ya antes, ese, hoy por hoy, es (era en mi caso) el 65 ¡Y subiendo...!

Llegas aquí (sí ¿y ahora qué aparte de hacer balance?) después de muchas batallas, algunas, las menos, ganadas al estilo churchiliano. Las que perdimos y las frustraciones son esas muescas tatuadas en tu piel que llaman arrugas y por regla general son más numerosas que las producidas por reír.

La guerra realmente la tenemos todos inexorablemente perdida.

Nos pasamos la vida pidiendo y buscando algo: Alimentos y cuidados primero en absoluta dependencia; sensaciones e independencia de nuestros cuidadores después... Más adelante nos tiranizan las hormonas y una vez superado el trauma inicial, perseguimos uno o más ideales para, finalmente, pedir la hora y un descanso, aunque luego tal vez te arrepientes porque el eterno está a la vuelta de la esquina.

¿Qué fue de aquellos ideales? ¿Merecían la pena? ¿Cuántos valores humanos has salvado del accidentado viaje?

Veo un paisaje de banderas inicialmente flamantes y marciales desgarradas por el viento y los elementos... ¡Harapos de colores en un mástil a la deriva!

Ahora toca mirar hacia atrás, por el retrovisor si te lo permiten las cataratas, las cervicales o la memoria que tan infiel se nos ha vuelto últimamente; ser actor o relator de batallitas y conjugar en pasado todos los verbos excepto olvidar, repetir y despistar. Te haces adicto a frases como: ¿Te conté ya que...? Lo tengo en la punta de la lengua... Veo su cara, pero no me sale el nombre... ¿A que venía yo aquí...?

En presente continuo

Sin apenas porvenir en cuanto a expectativas, más cortos de ilusiones y sin poder ni querer dimitir de padres hasta el último suspiro, tratas de proyectarte en tu descendencia si la tienes, en su presente y futuro y te haces eco viviente y multiplicador de sus logros y reveses. Sus ilusiones, alegrías y vitalidad serán el mejor viento para hinchar nuestras velas y seguir navegando hasta el final de nuestra singladura allá en el último mar.

Si por ventura tienes nietos estallarás de alegría y tu corazón se ensanchará para hacer un hueco al recién llegado, pero no busques el pan bajo su brazo... ¡ese es para sus papás!

La rosa de esa nueva vida será más flor que espinas para ti gracias al amor de padres duplicado y aun así te pincharás a veces... Tendrás que ponerte de nuevo en modo padre, lo que exigirá un gran esfuerzo físico y mental para retroceder a un ciclo de tu vida pasada bastante oxidado. La mujer, al contrario, se adapta en cinco minutos, rejuvenece, se retroalimenta y crece...

Elas siempre fueron las más fuertes, aunque estábamos convencidos de lo contrario. No en vano son el eje del universo, la rueda que mueve el mundo... las que dan la vida.

Los hombres aprenden eso con los años, aunque desgraciada y lamentablemente muchos no; de ahí la negra y dramática estadística por culpa de aquellos que alteran los tiempos y las matan antes de darse muerte.

Los más previsores se preparan para esta etapa de los sesitantos tomando distancia emocional para ser menos vulnerables. En la soledad — buscada o no— caes en la cuenta de que casi nadie te conoce tal como eres, ni los más cercanos y te enrocas a veces como en el ajedrez. Tú a estas alturas te conoces ya un poco y conoces a los tuyos o al menos sabes lo que no les gusta de ti, pero ¡es casi imposible cambiar en este tramo!

Empiezas a aceptar que somos como nos ven los demás y tienes que tirar del sentido del humor para evitar volverte invisible y autista, formando parte del mobiliario urbano o te conviertas en una mera extensión de ese banco de piedra o madera del que te has vuelto tan habitual. Pero ahora tiremos de Matemáticas:

$65 = 6 + 5 = 11$ años virtuales (adolescencia regresiva).

En presente continuo

Más o menos a partir de aquí volveremos a comportarnos como a esa edad, aunque mermados de espontaneidad, armas y capacidades.

Iremos retrocediendo paulatinamente hasta convertir aquel 11 en $1 + 1 = 2 = \text{bebé} = \text{gaga}...$ y no queda otra que aceptarlo deportivamente.

La verdad, no es un hito a celebrar, pero una especie de «inconsciencia» colectiva (¿instinto de conservación?) o el fin de la vida laboral nos impele a hacerlo. Ciertamente perder facultades y referencias, despedir cada vez con más frecuencia a familiares y amigos, acabar en una residencia o empezar a dar penita y volverte más cursi que los anuncios de un perfume no parecen precisamente dignos de celebración...

Pero, en España especialmente, es casi pecado mostrarse pesimista por más que la botella medio llena o medio vacía no sea más que eso, una botella mediada... Hay una cierta presión en el ambiente para dar la vuelta a las cosas negativas e intentar verlas en positivo, hazaña para algunos harto complicada pues llegados a esta edad algunos somos realistas/pesimistas (o como dicen en ciertas latitudes, más negativo que el culo de una pila). Porque si de verdad fuese algo tan positivo ¿por qué carajo (en su acepción mejicana, por ejemplo, para no herir la sensibilidad de los «menores de edad» que van a leer esto) todo el mundo suspira por su juventud y reniega por lo bajinis de la vejez?

Es cierto que hay algunas contrapartidas positivas en esto de cumplir años: Tienes las ideas más claras, sabes lo que realmente importa, «ves venir» a la gente de lejos y no precisamente porque haya mejorado tu vista; distingues entre el fondo y la forma y ¡la mayor de las gozadas!: puedes decir NO a un montón de cosas...

Te acercas a la Filosofía —de la vida— y con eso ayudas a las Humanidades y a la Humanidad, ambas de capa caída actualmente; te relacionas con la Física a través de la teoría de la relatividad, confirmando que todo en esta vida es relativo, que hay muy pocas verdades absolutas y prestas más atención a tu centro de gravedad que ya no está tan equilibrado... Einstein, Newton y tú, todo en uno ¡casi nada!

Serenas tu vida porque ciertas acciones y conductas ya no te afectan como antes y vas desterrando poco a poco ciertos lastres: algunas vanidades, el orgullo innecesario, el odio y el rencor por su efecto bumerán

En presente continuo

(o boomerang... ¡que se vea que uno es leído!) que finalmente dañan tu salud física y moral.

Pasas del represivo qué dirán y concedes importancia relativa a los agravios e injusticias, salvo que te pueda tu condición de adolescente regresivo y entres a la bronca como en los tiempos del internado... Cuidas los amig@s, los de verdad y te guardas de palmeros y de los que practican el deporte de malmeter. La amistad ha de circular en los dos sentidos, aunque tú recibas menos de lo que das. Aceptamos que no podemos caer bien a todo el mundo y que donde no te quieren estás de sobra... En estos casos mejor tragarse el dolor porque todo lo que hagas o digas estará mal y no gastar ni tiempo ni esfuerzo, ahorrando esa energía para el futuro.

Y puestos a buscar ventajas pírricas de reír por no llorar, te haces mejor persona, aunque más cascarrabias y difícil de aguantar. También te libras de esa nueva enfermedad que viene de la mano de las redes sociales, la ansiedad por conseguir cuarto y mitad de aplauso, «likes» / «me gusta» o los «twits/tweets» o los «retweet» porque ya habíamos quedado en que la opinión de los demás nos la trae al paio...

En fin, brindaremos pues a pesar de todo, aunque sea un brindis al sol para que siga brillando y calentando; para que una parte de aquel espíritu rebelde juvenil no nos abandone nunca y las tiránicas pastillas nos dejen hueco para gastronómicos placeres ya que nuestro apetito, afortunadamente, no es nada tímido. Que el humor no nos abandone ahora que sabemos reírnos de nosotros mismos y, por ende, de casi todo lo demás.

Brindemos incluso por nuestro bautismo como cangrefantes¹ de la cofradía del Presente Continuo en la que oficial y virtualmente ingresamos... (A la fuerza).

Al fin y al cabo, brindar es beber... ¡y vivir!

«Beati hispani quibus bibere et vivere idem est»

¹ De cangrejo y elefante, hacia atrás en facultades y por la senda de los paquidermos cara al destino final (al huerto de los callaos como decía nuestro compañero Pirulo hace unos días en el Foro Pínfanos) pero sin prisas ni yuyu...

En presente continuo

(Lo importante es beber pese a las burlas de los romanos en tiempos de Julio César por nuestra mala pronunciación del latín...)

Una casa vacía, llena sin embargo por tu imagen incorpórea. En cada rincón un recuerdo, en cada recuerdo una herida, un hondo dolor... Desde tu mortal silencio activas mi memoria con imágenes y palabras: épocas, momentos e instantes; paisajes, lugares... en fin... vida.

Amor de madre; el más grande, limpio, sincero y desprendido, único y universal, sólo comprendido y asumido plenamente cuando pasamos de rama a raíz.

Empezamos la vida siendo amados, egoístas y protagonistas; pequeños cuervos de distintos colores: Todos y todo son y están para nuestro servicio y utilidad. En el tramo final de nuestro viaje nos arrepentimos primero y cedemos y compartimos después. Somos conscientes al fin de que en el fondo todo eso no era más que el guion existencial escrito por la naturaleza.

(En esa fecha señalada mi madre que justamente hoy, Día del Libro, cumpliría 100 años, mis otros seres queridos y l@s que me dolían en el alma no podían faltar en mi recuerdo)